

RITUALES DE APAREAMIENTO

Margarita Borrero

Ser soltera en Bogotá y tener treinta y tantos años es muy ventajoso; eres la soberana del control remoto de la televisión y la dueña de todo el espacio de tu cama. Tu crema Colgate jamás está aplastada por la mitad ni encuentras pelos en el lavamanos. Gastas tu sueldo en viajes, en libros y en algo frívolo, como un costoso y sofisticado ambientador de aire con olor a pino. Puedes pasar los domingos lluviosos en pijama, acurrucada entre tus cojines azules, junto a tu gato, y ver infinitas horas de documentales en el Discovery Channel. Nadie te lo va a reprochar. El único problema es que tus amigas consideran que la soltería es una especie de mal que necesita tratamiento. Hasta tus nuevas compañeras de trabajo, en cuanto saben que no te has casado, hacen lo posible para que conozcas al hombre-de-tu-vida. Yo he conocido al hombre-inútil de mi vida, al hombre-controlador de mi vida, al hombre-neurótico de mi vida y a otros hombres que prefiero olvidar. No es que no me interese conocer al hombre-a-secas de mi vida, es que hay ciertas cosas que prefiero confiar al destino y a la naturaleza. Sin embargo, las mujeres a mi alrededor insisten. Y ya se sabe lo pesadas que se ponen cuando se comportan como las mejores-amigas-de-tu-vida.

El tilonorrinco satinado de Australia hace gala de sus habilidades como arquitecto y decorador para atraer a la hembra. El nido que construye tiene forma de cabaña y lo llena de regalos de un único color; de preferencia, azul oscuro. Busca flores, plumas, piedras y hasta cristales ro-tos y plásticos que encuentra en la basura. Se apropia de todo lo que se adapte a su criterio monocromático y trabaja de modo obsesivo; coloca y recoloca los objetos durante horas. Solo abandona su labor para ir a los nidos de otros machos con el fin de robarles cosas. Y si puede, les estropea el decorado.

Desde hace tres meses tengo una compañera de oficina llamada Milagros. En ese poco tiempo le he conocido tres novios. El último se llama Alarico. Es curioso ese nombre: Alarico. Como pareja no parecen bien avenidos, pero por separado ambos me caen bien. Ella lidera la campaña de poner fin a mi soltería; es del tipo de mujeres que salen cada viernes, siempre con grupos diferentes, hasta que conoce a su otra mitad. Por un periodo breve. Sufre de lo que yo llamo el síndrome del amor que quiere liberarse para volver a amar. Rompe con su novio y reanuda la búsqueda.

Milagros consigue convencerme de que vayamos los cuatro a cenar. Se refiere a ella, su novio y a un amigo de él. Eligen un restaurante de lujo, de modo que ellos irán vestidos como pingüinos y nosotras con traje largo. De gala, me especifica. Temo demasiado a las citas a ciegas como para salir de mi casa sin ponerme algo que funcione como amuleto protector, así que decido completar mi atuendo con un sombrero, pero toma tiempo encontrar el adecuado. Suena el timbre de la puerta de mi edificio. Veo en la pantalla del citófono el rostro impaciente de Alarico. Oprimo el botón para decirle que ya bajo. Me dice que tienen el carro mal aparcado. «Ya bajo», le repito. Aún dudo entre dos sombreros.

—¿Qué opinas, Mishiko, el marrón con flores o el negro con plumas?

Mishiko, a pesar de su nombre, no es un gato japonés. Me dedica su mirada torva porque odia que lo deje solo de noche. En el espejo veo que se me ha deshecho el peinado, así que debo volver al baño a retocarlo. El timbre suena por segunda vez. Cuando llego corriendo a la pantalla, veo la nuca de Alarico, que es alargada y rubia como la de una jirafa. «Estoy bajando», le digo. Me pongo el sombrero marrón adornado con nenúfares artificiales, agarro la cartera, las llaves y cierro la puerta. Sé que Mishiko va a estar furioso cuando regrese.

Uno de los nenúfares más grandes del mundo se llama victoria regia y vive en aguas poco profundas del río Amazonas. Llega a medir hasta un metro de diámetro y es visible solamente dos noches cada año. La primera noche que se abre emana un fuerte aroma a pino que atrae a un tipo particular de escarabajo. Una vez que el insecto entra, los pétalos se cierran y él queda atrapado en un delicioso abrazo floral. Pasa allí una noche y un día, atiborrándose con el abundante polen que le ofrece su anfitriona y captora. A la noche siguiente la flor se vuelve a abrir para liberarlo. El escarabajo sale ebrio y hartado, untado por entero de un polvo amarillo. En cuanto emprende el vuelo, la flor se cierra una vez más, la última, y se sumerge en el agua. El resto de su transformación tiene lugar en el mundo subacuático. Nadie la ha podido filmar jamás.

El chico de mi cita a ciegas tiene los ojos oscuros y brillantes como escarabajos. No es redondo. Es peludo. Parece suave. Podría llamarse Platero, pero su nombre es Iñaki. La conversación fluye de forma natural y relajada mientras tomamos los aperitivos. Iñaki trabaja como arquitecto en una empresa que se dedica a la construcción de polígonos industriales. No dice más. Alarico, que también es del

gremio, trabaja en una firma especializada en viviendas de bajo coste. Nos cuenta, emocionado, que le acaban de aprobar el proyecto de sus sueños; un edificio de pisos de lujo. «La estructura exterior será azul. Toda azul», dice. Después hablamos de numismática, un tema que a él y a mí nos interesa. En algún momento menciono que tengo un gato. Iñaki interviene para decir que su mascota es un loro muy hablador.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

—Marco Polo.

—¿Ha viajado a China?

—¡Qué ocurrencia!

Y enseguida agrega:

—Es una pregunta sin sentido.

Así que vuelvo a hablar de numismática con Alarico. Menciona que acaba de heredar de su abuelo una enorme colección de monedas de Napoleón III, casi todas acuñadas en 1853. Dice que están en perfectas condiciones porque jamás llegaron a circular. Me ofrece regalarme una, la de veinte francos de oro puro que tiene repetida. Pero antes de que yo tenga tiempo de responder, el camarero llega con el vino de la casa. Alarico lo cata.

—Excelente —dice.

Coincido con él. Un vino afrutado, de sabor seco y de color pálido brillante.

El macho de la jirafa suele golpear con su cabeza las caderas de la hembra y así la obliga a que orine. Bebe un chorro para cerciorarse de que está en celo. Si lo está, la sigue sin descanso hasta que ella se deja montar. Todas acaban por ceder. Es la única manera de librarse del acosador.

Sé que un loro y un gato son mascotas incompatibles, pero Iñaki me gusta. Falta ver si le gusta también a Mishiko, que tiene un instinto infalible para los hombres que no me convienen. Nunca me ha fallado. En cuanto los llevo a casa, se enfurruña o los ataca. He comprobado que, si persisto en la relación pese a las advertencias de Mishiko, más temprano que tarde me veo obligada a reconocer que su instinto era correcto. Entonces yo también me enfurruño. Pero no ataco a nadie. Está mal visto que una mujer desate su ira felina contra su pareja o expareja. El caso es que

el dueño del loro no destaca por su inteligencia ni es un buen conversador, pero es tan endiabladamente atractivo que Milagros y yo no podemos quitarle la mirada de encima. Le hago un gesto con la cabeza a ella y la invito a que me acompañe al baño. En cuanto cerramos la puerta le digo:

—Necesito que me ayudes a conquistar a ese chico. Milagros se echa a reír, lo que me resulta desconcertante. Se ríe mucho. Yo también me río, quizás porque no hemos cenado aún y el vino blanco se nos ha subido a la cabeza. Al cabo de un rato, con lágrimas alegres en los ojos me dice:

—No seas ingenua. A ese tipo de hombre no se le conquista, se le confunde.

—¿Qué?

—Como lo oyes. Debes confundirlo hasta dejarlo exhausto, exhausto, exhausto.

—No tiene sentido.

—Precisamente por eso funciona. Los hombres no son lógicos.

A la hora de aparearse, ningún animal es tan valiente como el puercoespín. Cuando un macho quiere cortejar a una hembra, se levanta sobre sus patas traseras, camina en posición bípeda hasta quedar a unos dos metros de ella y entonces la rocía con un gran chorro de orina. Si la hembra no está receptiva, grita y se sacude. Igual que un perro recién salido de una piscina. Pero si lo acepta, empina la parte trasera de su cuerpo para exponer los genitales. Eso permite que él la monte sin morir atravesado por una ristra de púas. Durante la cópula el macho debe esmerarse; la hembra es sexualmente ávida y él se ve obligado a hacer un esfuerzo extenuante para complacerla. Si se agota antes de que ella se dé por satisfecha, es abandonado. La hembra más tarde permite que un nuevo puerco espín la bañe con un chorro de orina. Y no grita.

Milagros y yo regresamos a la mesa justo cuando el camarero está sirviendo el plato principal. Hay ñoquis y raviolis y *penne in salsa di pomodoro* y paté de hígado de ganso. Yo comienzo a hablar de gansos y de cómo los polluelos creen que la primera criatura que se fija en sus retinas es su madre.

—Se llama *imprinting* —digo—, Conrad Lorenz tomó los huevos de una gansa para incubarlos. Al romper el cascarón y abrir los ojos, lo primero que los

polluelos vieron fue a Lorenz y se produjo el *imprinting*. A partir de entonces lo siguieron como si fuera su mamá gansa.

—Habría que probar con los loros —dice Iñaki. Se limpia la salsa boloñesa de los labios sin restregarse. Utiliza la servilleta de tela con una elegancia aristocrática. Es encantador.

—Solo funciona con los gansos —digo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque es una peculiaridad de los ánsares.

—Es verdad —dice Alarico— yo lo he visto en un documental de la National Geographic en el que también...

—Nada se pierde con probar con los loros —interrumpe Iñaki.

—Los loros no son ánsares —digo yo.

—¿Y tú qué sabrás?

Es muy difícil razonar con un chico guapo que se limpia la boca con modales exquisitos y que no tiene ni idea de cuáles son las diferencias entre los ánsares y los psitácidos. Todos tenemos buen apetito, así que cenamos en silencio un largo rato.

—Una vez me gané un pollo en una fiesta infantil —cuenta Iñaki—, era de color verde limón. En aquella época estaba de moda pintar a los pollos con tinta y regalarles a los niños en las piñatas.

—¿Era gallo o gallina? —pregunta Milagros.

—Un pollo pequeño —dice él—, es decir, un pollito.

—Pero al crecer qué fue, ¿gallo o gallina? —insiste ella.

—Jamás llegó a ser adulto. Lo puse en una caja junto a una bombilla para mantenerlo caliente. Y se acercó tanto a ella que se derritió. Así.

Levanta su copa, pega la mejilla al cristal, abre la boca y pone unos ojos de cordero degollado, con la mirada escurrida y triste. Supongo que es su imitación de la cara que tenía el pollito verde al morir. Milagros se ríe. Alarico y yo cruzamos una mirada de desconcierto. Aquello me conmociona de tal modo que me atraganto. Al tomar mi copa de vino para beber, la tumbo accidentalmente. El mantel blanco queda todo manchado de amarillo. Como un pequeño charco de orina.

—No puedo seguir comiendo —digo yo—, y me temo que... es muy tarde.

La verdad es que no soporto las conversaciones que acaban con un pollo que se derrite contra un bombillo. Creo que a Alarico le sienta tan mal como a mí porque

cruza los cubiertos sobre su plato y pone cara de estar asqueado. Tiene un rostro muy expresivo ese hombre; basta con mirarlo para conocer su estado de ánimo.

—Así que me voy.

—Falta el postre —dice Milagros.

—No comeré postre. Tengo el presentimiento de que Mishiko se está portando muy mal y quizás, si me marcho ahora, logre impedir que se propague el desastre. ¿Me entiendes?

Le guiño el ojo para darle a entender que la cita a ciegas es el desastre que quiero evitar que se propague y que, para mí, la noche se ha terminado. Parece que ella lo capta porque me devuelve el guiño. Me sonrío de una forma rara. Nunca la he visto sonreír así. Algo ocurre en aquella mesa que yo no comprendo del todo, pero tampoco pienso quedarme a averiguarlo. Agarro mi bolso.

Cuando un pingüino de Adelia está interesado en una hembra, busca el guijarro más hermoso que pueda encontrar, lo agarra con el pico y lo pone a los pies de ella. Se lo acerca con pequeños empujones. En caso de que la ofrenda sea aceptada, la pareja busca un lugar para hacer nido. Los pingüinos suelen establecer una relación de por vida y todos los años se reencuentran en el mismo sitio para procrear.

Saco de mi billetera la parte que me corresponde de la cena y se la doy a Milagros. Me despido con un gesto rápido de la mano, salgo y tomo un taxi en la calle. Al llegar a casa me doy cuenta de que he olvidado mi sombrero en el restaurante. Mishiko está de mal humor y ha volcado la basura. Tengo que ponerme a limpiar.

—Mal gato, Mishiko. Mal gato.

Supongo que su mirada, aún torva, significa algo así como: desde mi punto de vista, ¿quién crees tú que es el malo?

Me pongo mi pijama. Enciendo el televisor para ver el documental *La marcha de los pingüinos*. Me desmadejo en el sofá y Mishiko se echa sobre mi regazo para que lo acaricie. A mitad de la película oigo el timbre del citófono. Un solo timbrazo que cesa enseguida, como de alguien que se hubiera arrepentido. Pongo el documental en pausa y cuando me acerco a la pantalla veo la nuca rubia de Alarico, alargada como la de una jirafa, y sobre su cabeza lleva mi sombrero de nenúfares. No tengo ganas de abrir, pero tampoco soy capaz de moverme. Él echa un rápido vistazo hacia un lado y otro de la calle para asegurarse de que nadie lo esté mirando. No parece

haber caído en cuenta de que cualquiera puede verlo a través de la pantalla del citófono. Sus brazos se mueven y, de repente, en la pared crece una mancha amarilla. Siento ganas de gritarle que no se orine allí. Pero no grito. Me quedo mirándolo con ojos asombrados, expectante. Él termina. Adivino por sus movimientos que se lo sacude, se lo guarda y cierra la cremallera del pantalón. Entonces gira sobre sus talones y vuelve el rostro hacia el citófono. Timbra por segunda vez, en esta ocasión largamente, con firmeza. Oprimo el botón para hablar con él.

—Parece que olvidé agarrar mi sombrero.

—Eso es. Aquí te lo traje.

Lo dice con abatimiento. Veo que tiene la expresión desencajada.

—¿Y Milagros?

Titubea. Abre la boca. La cierra. El suspenso es inaguantable.

—Milagros e Iñaki... —dice al fin— se entienden. Ella y yo hemos cortado.

Parece que está a punto de echarse a llorar, así que oprimo el botón que abre la puerta del edificio. Sube. Abro. Le recibo el sombrero y digo:

—Estaba viendo un documental. Tal vez te interese.

Me mira. Creo que debo estar ridícula en pijama y con un sombrero de nenúfares en la mano. Se fija en la tele encendida, en la imagen congelada.

—¿Cuál?

—*La marcha de los pingüinos.*

—He oído comentarios muy elogiosos y tenía ganas de verlo —dice. Me dedica una sonrisa que, a su pesar, es triste.

—Sí. Luc Jacquet hace un gran trabajo.

Alarico olisquea el aire, como si acabara de detectar un rastro de humo.

—Tu casa huele... Huele a pino.

—¡Ah! Es un ambientador nuevo. Tiene un dispositivo electrónico muy sensible que se activa cada vez que... No tiene importancia. Pasa, por favor, no te quedes ahí. Entra. Puedes lavarte las manos en el baño pequeño. Si quieres.

Sí quiere. Cuando sale, lo invito a que se siente en el segundo sofá de mi sala. Antes de ponerse cómodo, se mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña moneda de oro de veinte francos. Pertenece a la colección de Napoleón tercero. La

coloca sobre el cristal de la mesa. Le da pequeños empujones con el dedo índice para acercarla a mí.

—Es un regalo —dice—, te traerá buena suerte.

—Gracias.

Se desmadeja entre mis cojines azules y yo quito la pausa a la película. Mishiko brinca encima del recién llegado y le lame los dedos. Es la primera vez que mi gato se porta de forma tan cariñosa con un hombre. Le ha dado el visto bueno, pero Alarico, ajeno a la trascendencia de lo que acaba de ocurrir, acaricia la cabeza de mi mascota de forma distraída. Su atención está en otra parte, en los rituales de apareamiento de los pingüinos. Ambos se ven relajados, Mishiko y el que podría ser mi chico. Parece que, después de todo, hay cosas que siempre se le pueden confiar al destino y a la naturaleza.